LA CIUDAD DE MÉXICO COLONIAL

DESDE DOS MIRADAS DECIMONÓNICAS

Leticia Algaba*

I

México sentía la mano de hierro de los franceses. La ciudad tenía para el sol su careta de seda y su traje de gala... pero lloraba en la noche con sus leales y con la sombra de sus mártires. Apenas oscurecía, las calles comenzaban a quedarse desiertas, y a las ocho de la noche, apenas en un silencio pavoroso se escuchaban las pisadas de uno que otro vecino que se retiraba temblando de encontrar un soldado francés que se paseaba por la calle con su fusil, deteniendo y examinando a todos, y mandando presos al vivac a cuantos en su doble posición de gendarme y conquistador, consideraba sospechosos.[1]

Era ésta la Ciudad de México ocupada por las fuerzas del Segundo Imperio, según la voz de Vicente Riva Palacio, conmovida aún por la lucha de los chinacos, los soldados con quienes compartió muchas batallas hasta derrotar a los intervencionistas. A punto de su liberación, la capital era también asediada por una familia guanajuatense: don Luis González Montes, doña

* Area de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco.

1. Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor*, México, Manuel C. Villegas, 1868, pp. 244-246.

Jesús Obregón y Luis, el hijo de dos años de edad, quienes se vieron obligados a aplazar su viaje en Toluca.

Durante el amanecer del 20 de junio de 1867, los repiques de la campana mayor de la Catedral y una bandera blanca señalaron la rendición de los monárquicos; el general Porfirio Díaz ordenó el cese al fuego. Al día siguiente *El Republicano* convocaba en su primera entrega a dejar "...en el altar de la patria los odios de partido y las pasiones políticas".[2] El 15 de julio del mismo año llegaba el presidente Benito Juárez a Palacio Nacional para iniciar la etapa que algunos denominan como la verdadera independencia de México.

Don Luis González Montes se adelantó por fin a la capital; más tarde doña Jesús y el pequeño Luis viajaron de Toluca a San Angel en los diminutos vagones del ferrocarril de vapor, cuya terminal se hallaba en la Calle de la Providencia (ahora Artículo 123). La recepción no podría haber sido mejor: don Luis se había hecho acompañar por el escritor Manuel Payno, su amigo, quien al ver que la señora Obregón tropezaba al bajar del tren extendió sus brazos y "recibió...al infante; y nadie ha podido precisar si el llanto que se escapó de los ojos de éste, debióse a que lo asustaron las pobladas barbas del célebre Ministro de Hacienda, o a que un impulso del subconsciente, que diríase hoy, le arrancó lágrimas al pensar que entraba en la ciudad que sería amor de sus amores como historiador, en brazos de aquel estimable político historiador..."[3]

2. Cit. en Salvador Novo, *La Ciudad de México del 9 de junio al 15 de julio de 1867*, México, Porrúa, 1967, p. 32.
3. Alberto M. Carreño, *El cronista González Obregón. (Viejos cuadros)*, México, Ediciones Botas, 1938, p. 18.

La restauración de la República permitirá a Luis González Obregón vivir en una ciudad –en un país– empeñada en el futuro, con proyectos orientados a dar cuerpo a un nuevo Estado mexicano. Ignacio Manuel Altamirano, quien sería su maestro, organizaba un proyecto cultural que se venía gestando desde la Academia de Letrán y en el que ocupaban sitio importante las discusiones sobre el ser y el quehacer de la literatura. El mismo año de 1867, con el seudónimo de Próspero, entregaba unas sabrosas crónicas sobre la vida citadina, en las que rara vez faltaba la palabra renovación. Al hacer el recuento de ese año histórico, el escritor celebraba una paz que había devuelto la alegría a las conmemoraciones de Septiembre, a los paseos de los días de Todos Santos y Muertos, a las fiestas decembrinas, acontecimientos que no podían ser más que augurios de un 1868 dedicado a completar proyectos. En la reanudación de las Veladas Literarias veía el regreso a los "días dorados" de la Academia de Letrán y del Ateneo y, con ello, el consecuente inicio del porvenir de las Letras mexicanas.[4]

También por el año de 1868, Vicente Riva Palacio iniciaba la escritura de novelas históricas con pluma largamente experimentada en el periodismo, el drama y la comedia. Comenzaba a historiar el período colonial en el universo novelesco, en el cual abrevará más tarde al escribir el capítulo sobre el Virreinato para *México a través de los siglos*, magna obra que dirigió y se publicó en 1886.[5] Con esta edición surge el primer enlace entre

4. Cf. "Revista de la Quincena", en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas VII. Crónicas*, t. I, ed. y pról. de Carlos Monsiváis, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, pp. 27-48.
5. José Ortíz Monasterio descubre en las novelas los primeros pasos del historiador; véase *Historia y ficción. Los dramas y las novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto Mora y Universidad Iberoamericana, 1994.

Riva Palacio y el joven González Obregón quien, por encargo de Francisco Sosa, escribe artículos para promover dicha obra. Pero es el interés por el pasado colonial el nexo definitivo; los dos escritores cultivan esas formas que otorgan dimensiones misteriosas a los hechos de la vida cotidiana y en los que el dato histórico se adereza con la ficción, para crear mixturas que a veces se denominan leyendas, otras, tradición, y con las cuales logran acuñar una Ciudad de México memorable.

2

Como es sabido, en las novelas históricas resulta fundamental la selección de sucesos y su marco espacial; para las suyas, Riva Palacio eligió momentos de tensión social del virreinato como las querellas entre la autoridad política y la eclesiástica, las rebeliones de las minorías raciales, algunos intentos de independencia; acontecimientos de años tempranos, las primeras décadas del siglo XVII, cuando se forjaba la fisonomía de la capital, terreno fértil para convertirla en escenario, donde a veces escuchamos la voz llana del cronista que ubica al lector en los puntos claves de la antigua traza. En 1616 había 37 000 habitantes y la ciudad:

> ... no era ni la sombra de lo que había sido en los tiempos de Moctezuma... Las calles estaban desiertas y muchas de ellas convertidas en canales; los edificios públicos eran pocos y pobres... Se vivía entonces muy diferente de como hoy se vive. A las ocho de la noche casi nadie andaba ya por las calles, y sólo de vez en cuando se percibía el farolillo de un alcalde que

iba de ronda, o la luz con que un escudero o un rodrigón alumbraban el camino de un oidor, de un intendente o de una dama que volvía de alguna visita... Los truhanes y los ladrones tenían carta franca para pasear por la ciudad; la policía de seguridad estaba sólo en las armas de los vecinos.[6]

La penumbra que comenzaba con el toque de queda ocultaba todo género de acciones en el mundo novelesco. Resaltan las citas amorosas, muchas y comprometedoras, como las que ayudaban a forjar el carácter de galán de Don Guillén de Lampart, empeñado, por otra parte, en un proyecto independentista.[7] O bien, las acciones de los conspiradores como los hermanos Salazar quienes reunían a los simpatizantes de la independencia en la misteriosa Casa Colorada.[8]

Riva Palacio adopta algunos recursos del folletín y la novela por entregas, de ahí que el escenario citadino constituya un elemento clave para la factura del héroe pues éste transita continuamente entre el "bajo" y el "gran" mundo. Así la Ciudad de México y Martín Garatuza quedan ligados; el personaje se adueña de las calles, cómplices de las continuas evasiones de la justicia, pero también vías que descubren los entretelones del poder, en donde se despliegan luchas entre contendientes de distinta pertenencia racial o estrato económico.[9]

6. Vicente Riva Palacio, *Monja y casada, virgen y mártir*, pról. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1982, t.I, pp. 3-4.
7. Cf. *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México*, pról. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1982,(Colección de Escritores Mexicanos, 33 y 34).
8. Cf. *Martín Garatuza*, pról. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1975, (Colección Escritores Mexicanos 20 y 21).
9. Cf. *Ibidem*.

Además de lo anterior, Riva Palacio intenta una cala más profunda sobre la Ciudad de México. A propósito de un intento fallido por independizar la Nueva España que en la ficción recibe magnas dimensiones, introduce una vecindad amistosa entre una familia de apellido Carbajal y Guatimoc. Vivía el Emperador en la calle de Tacuba, esquina con la del Factor, casi inválido y sumido en la melancolía. Conoce a Isabel, hija de Santiago Carbajal, y pronto se enamora de ella. Provechosamente, el narrador deposita los rasgos del héroe que sufre la derrota de su raza en la admiración de la española por él, de modo tal que el episodio se tiñe de elementos románticos. Antes de que el emperador azteca acompañe a Cortés a un viaje sin retorno, Isabel anuncia su futura maternidad. Conmovido, Guatimoc se lo agradece:

> La sombra del águila cubrió a la paloma y nació una nueva esperanza para mi estirpe y para mi pueblo; hombre de nueva raza, quizá su descendencia romperá las cadenas de sus hermanos, y mi imperio volverá a ser Uno y solo, y Tenoxtitlan será libre.[10]

La Ciudad de México –ombligo del país– se convierte en espacio fundador que pone en marcha un nuevo tiempo, con el que acaso Riva Palacio intentaba diluir distancias, acercar la mixtura racial a su presente –y el de sus lectores– cuando él y su generación estaban empeñados en construir el porvenir tantas veces invocado por Altamirano y en el que se educó González Obregón.

10. *Ibid.*, p. 170.

Como todas las ciudades, la capital de la Nueva España poseía rituales que organizaban la vida cotidiana de sus habitantes. Las campanas, decía Angel de Campo, eran "maestros de ceremonias, vigías, monitores y gacetillas".[11] Mediante diversas combinatorias de sonidos, dividían el curso de los días: el "toque del alba" –a las 5:00 horas de Abril a Septiembre y media hora más tarde, de Octubre a Marzo; el toque de medio–día, a las 12:00; a "discreción del campanero" el del anochecer y, por último, el "toque de queda". Pero entre tales anuncios, se escuchaban muchos más para caracterizar afectivamente algunos acontecimientos: alegría, repiques "a vuelo", por las buenas cosechas o la llegada de algún virrey; "dobles" para la tristeza, en el caso de desastres como sismos e inundaciones; "rogativas" para invocar caridad o solidaridad por alguna causa, como aquellas memorables campanadas de la Catedral para implorar por el fracaso de la insurrección de Hidalgo. No eran las campanas heraldos en desventaja; se sabe que la reglamentación sobre el número de aquéllas según el rango del templo se violaba, de ahí que en 1766 se establecieran disposiciones para normar su intensidad y su duración.[12] La inmensa sonoridad de la ciudad novohispana sólo conocía una tregua durante la Semana Mayor, silencio anual que finalizaba con el repique de Gloria de las campanas de la Catedral.

11. *La Semana Alegre. Tick-Tack*, Int. y recop. de Miguel Angel Castro, México, UNAM, 1991, p. 277.
12. Cf. José María Marroqui, *La Ciudad de México*, México, Litografía "La Europea", 1900, Vol. 3, pp. 520-529.

Al igual que todos los cronistas de la ciudad virreinal, González Obregón refiere el oficio clave de las campanas, pero en un sabroso relato se ocupa de una campana silenciosa que acompañaba al reloj del Palacio Nacional. Transterrada, viajó desde la torre de la iglesia de un pueblecito español hasta la Ciudad de México. Un larguísimo repique estremeció un día a los habitantes de aquel pueblo; congregados en torno a la iglesia comprobaron que la campana no había sido accionada por mano humano alguna, señal, a su parecer, de efectos diabólicos.

El misterioso suceso se ventiló en la Corte de Madrid; el juicio produjo una resma de papel y una audiencia de cuatro días de intensos debates hasta formular la siguiente sentencia:

> 1° Que se diera por nulo y de ningún valor el repique de la campana. 2° Que a ésta se le arrancara la lengua o badajo para que en lo sucesivo no osase sonar de propio motu y sin el auxilio del campanero. 3° Que saliese desterrada la campana de aquellos dominios a las Indias.[13]

A su llegada a la Ciudad de México fue colocada junto al reloj del Palacio Nacional por órdenes del Virrey Conde de Revillagigedo; ahí permaneció 337 años pues fue retirada en Diciembre de 1867. Testigo de los siglos coloniales, la campana muda termina su condena en aquel año de reestreno de la República, temporalidad que potencia el hecho extraordinario, transgresor, con el que González Obregón describe el Palacio Nacional y narra la historia de las Calles del Reloj. No se conforma el escritor con crear un halo maravilloso sobre la fachada de la antigua

13. Luis González Obregón, *México viejo. Epoca colonial. Noticias históricas, leyendas y costumbres*, pról. de Flor de María Hurtado, Alianza Editorial, 1991, p. 398.

tor con crear un halo maravilloso sobre la fachada de la antigua sede del poder político; concluye su relato con una nueva rebeldía: la campana no cedió ante la fundición a la que fue sometida.

4

En su propósito por entramar la ciudad indígena con la colonial, González Obregón revalora la leyenda de la calle del Puente de Alvarado. Un detenido relato sobre la llamada Noche Triste permite escuchar la voz del cronista que, apegado a la veracidad, enmienda el matiz legendario del nombre de la calle. Como prueba de lo "realmente sucedido" el autor concede crédito a Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular de que en su huida, Pedro de Alvarado había tenido la fortuna de encontrar una viga que hizo las veces de puente. Por su parte, Riva Palacio y Juan de Dios Peza, en *Tradiciones y Leyendas mexicanas* dieron su versión. La batalla en aquella noche lluviosa resalta las virtudes igualmente dignas de indígenas y españoles. A la par de Guatimoc, el brazo que dirige, y Cuitláhuac, "el águila altanera", sobresale el conquistador Pedro de Alvarado, "Hijo del sol por rubio y hermoso", quien valerosamente cubre la retirada y

Llega por fin, perdida la esperanza,
Al borde de la negra cortadura;
La poderosa lanza,
Sin reparar profundidad ni anchura,
Clava en el fondo y luego, vigoroso,
Al asta fuerte asido,

El otro borde del revuelto foso
Veloz alcanza en salto prodigioso.[14]

En el propósito del cronista González Obregón se advierte un esperable desapego al aliento romántico del texto de Riva Palacio y Peza; pero si la fuente de González Obregón es Bernal Díaz del Castillo, cronista que fundamentalmente se dirige a un destinatario –el rey de España– y que narró la conquista con la mirada del recuerdo ¿no estaremos acaso ante un nuevo proceso de ficción?

Las tradiciones y leyendas de Riva Palacio y Peza constituyeron una fuente continua para González Obregón, algunas fueron retomadas íntegramente para otorgar dimensiones añejas a las calles de la Ciudad de México. Sobresalen "La mulata de Córdoba", misteriosa mujer que dibujó un navío en el muro de su celda y lo abordó para escapar del castigo que la había llevado a la cárcel de la Inquisición ubicada en la calle de la Perpetua. También "La llorona", leyenda de raíces prehispánicas sobre una mujer de vestido blanco y rostro embozado en un largo velo, que a media noche lanzaba gemidos interminables en un recorrido por calles distintas cada noche, aunque siempre hasta llegar a la Plaza Mayor, donde se arrodillaba para dar el último lamento. Finalmente, "La mujer herrada", relato sobre el extraño castigo de que fue objeto la amante de un Cura en la Puerta Falsa de Santo Domingo (ahora calle del Perú).

En la composición de otra historia para la Ciudad de México, González Obregón, al igual que Riva Palacio, conocía las bondades de la tradición, género de hito interminable y dotado del raro don de la ubicuidad. Así lo advertía Ricardo Palma a su

14. Riva Palacio y Peza, *Tradiciones y leyendas mexicanas*, México, s/f, p. 185.

amigo Riva Palacio: "Lima y México se parecen como dos gotas de agua en punto a consejas populares. La mujer herrada es leyenda también de mi tierra, La cita en la Catedral... nos es familiar. El barquichuelo de la Mulata de Córdoba es el mismo en que se embarcó nuestra Inés Voladora para burlarse del Inquisidor".[15] Y el peruano, que logró inventar la Lima criolla, también le recuerda a González Obregón las similitudes: "La tradición de La mujer herrada no sólo es de México. Idéntica es la que se conserva en Perú. En mi tradición Los pasquines del bachiller Pajalarga que se desarrolla en Trujillo por los años de 1560 figura este pasquín: Mula de cura tiene herradura".[16]

Es el estilo misceláneo del *México viejo* el que da las claves para entender la alternancia entre el cronista y el tradicionista; no obstante, las distintas perspectivas de González Obregón no hacen más que señalar el adelgazamiento de la línea fronteriza entre la veracidad y la ficción.

5

Luis González Obregón vivió una larga vida –75 años– , durante los cuales se restauró la República, sobrevino la dilatada paz porfiriana que derrumbara la Revolución de 1910, la cual

15. Carta de Palma a Riva Palacio, Lima, 14 de Mayo de 1886. Contiene una reseña sobre las *Tradiciones y Leyendas* que Riva Palacio le había enviado. En Archivo de Vicente Riva Palacio, en The Benson Latin American Collection, Universidad de Texas en Austin. Existe copia en el Archivo General de la Nación.
16. Carta de Palma a González Obregón, 4 de Noviembre de 1909. El tradicionista agradece el envío de *México anecdótico* de González Obregón. En Ricardo Palma, *Epistolario*, pról. de Rafael Heliodoro Valle, Lima, Editorial Cultura Antártica, 1949, t. II.

instauró otro proyecto de país. El escritor muere en 1938, año de la expropiación petrolera, con la que se desterró un interés extranjero mediante un decreto sintomático de nuevos caminos gubernamentales. Si la Ciudad de México lo recibió con la palabra renovación y el país se volcaba hacia el futuro –el porvenir invocado por Altamirano–, González Obregón, su discípulo, decidió fijar la mirada en el pasado colonial. En plenos vientos modernistas, en el giro de la estética, comenzó a escribir los artículos que más tarde formarían el volumen *México viejo* ¿Se rebelaba contra las ideas positivistas del progreso? Mientras su amigo Angel de Campo (Micrós, Tick–Tack), con quien fundó el Liceo Mexicano en 1885, le tomaba el pulso a la ciudad, semejando el reloj de la Catedral, y se daba a la tarea de calcular el porcentaje –80– de vecinos que pasaba al menos una vez al día por el zócalo, y convertía al barrio en personaje en su novela *La Rumba*, González Obregón prefirió poner en retrospectiva a la capital reviviendo leyendas, tradiciones, dando voz a las consejas populares, quizás como escape de la realidad inmediata para reconstruir el pasado cuyos eslabones frecuentemente se engarzan con los hilos de la imaginación. Por ello su pasión por la colonia lo aleja un tanto de sus contemporáneos y se constituye en una vocación por cuidar y dar nuevos bríos al legado de la generación literaria que le antecedió. A esa pasión debemos el más completo memorial de la Ciudad de México.

En 1886, un año después de la fundación del Liceo Mexicano, Vicente Riva Palacio se dirige a Madrid para fungir como Ministro Plenipotenciario de México en los reinos de España y Portugal. Se marcha a sabiendas de que el proyecto nacionalista de su generación se iba extinguiendo; ya cuatro años antes había hecho un balance crítico en su libro *Los Ceros. Galería de Contemporáneos*. Diez años de estancia –exilio– en la anti-

gua metrópoli hispana, le permitieron una vida gozosa, en la que siguió desplegando su característico sentido del humor, escribiendo poco y realizando una intensa difusión de la cultura mexicana, digna de aquel nuevo acercamiento a España en las vísperas del IV centenario del descubrimiento de América. De la Ciudad de México tenía noticias por las cartas de sus amigos; muy pocas veces la visitó, precisamente cuando preparaba un viaje a México, la muerte lo asaltó en Madrid, en 1896, a los 64 años de edad, cuando sus *Cuentos del General* estaban a punto de publicarse. No alcanzó a ver el pavimento "abierto en canal de día y de noche" para realizar "misteriosas operaciones subterráneas, de esas que las capitales requieren para las necesidades de su vida refinada", según lo registraba Luis G. Urbina en la Primavera de 1894.[17]

Quizá tampoco leyó en otra crónica del mismo escritor finisecular la percepción de una alegría artificial en la muchedumbre la noche del 15 de Septiembre de 1896, en contraste con tiempos pasados, de fervores patrióticos, que recordaba por las lecturas de Guillermo Prieto y que le señalaban una gran distancia con los personajes de su *Musa callejera*. Riva Palacio no pudo admirar, en fin, el nuevo alumbrado de las calles; acaso preferiría guardar en su memoria el claroscuro en que escenificó sus novelas y que aún ahora ilumina el imaginario de la Ciudad de México colonial.

17. *Cuentos vividos y crónicas soñadas*, México, E. Gómez Puente Editor, 1915, p. 258.